

LA BATALLA DE TUCUMÁN

Y LA ACCIÓN DEL PUEBLO

CONTRA LAS INVASIONES EXTRANJERAS

*Conferencia dada en la Escuela Normal
Nacional Mixta de Profesores de Cór-
doba, el 24 de setiembre de 1914.*

Exmo. Señor Vice-Gobernador de la Provincia:

Señorita Directora de la Escuela Normal:

Señores:

Solicito vuestra deferente atención, para poder cumplir un deber que, en turno más o menos sucesivo, nos corresponde a todos los miembros del personal docente.

Al realizar el cometido, para mí agradabilísimo, he de referirme forzosamente a los hechos principales que engendraron y constituyeron el acontecimiento glorioso que conmemoramos; y entre la urdimbre histórica, he de encontrar también, patentizada, con sus genuinos caracteres, la materia que forma el otro asunto primordial de esta conferencia: la acción popular contra las invasiones extranjeras.

Señoritas y jóvenes alumnos: Con vuestros profesores de Historia, habéis contemplado plenamente, en las explicaciones del aula, el cuadro histórico de 1812, en cuyo centro irradia esplen-

dorosa el alma estoica de Belgrano, y fulguran y retumban los cañones, reverberan las bayonetas y las lanzas ensangrentadas de las infanterías y caballerías de la Patria, en el campo de la batalla libertadora de Tucumán.

Permitidme que os lo recuerde a grandes rasgos. A principios y mediados de 1812, grave riesgo corría la Revolución Argentina, el más grave que atravesara en los catorce años de sus luchas por la Independencia, si se exceptúan los días subsiguientes a la jornada trágicamente definitiva de Sipe-Sipe.

La derrota de Huaqui, efecto de la traidora conducta del ejército real que violara el armisticio convenido, había hecho retrogradar nuestras armas desde los confines del Virreinato, en las orillas del Desaguadero, perdiéndose así todo el fruto de la primera expedición emancipadora, que había extendido después de Suipacha la dominación indiscutible de la Junta de Buenos Aires, en las intendencias de Potosí, Charcas, Cochabamba y la Paz.

Goyeneche destacó a Tristán con poderoso ejército para perseguir activamente a los vencidos, sojuzgar las Provincias Altas Argentinas e invadir las Provincias Bajas, extendidas al sud, desde Tarija y Jujuy, poblaciones de la intendencia de Salta. Entonces se efectuó la retirada famosa que salvó los restos del ejército vencido y los caudales de Potosí.

La persecución a Pueyrredón tuvo que amortiguarse y la invasión de Tristán suspenderse en 1811, a consecuencia de la tenaz resistencia de la patriótica Cochabamba, al flanco y retaguardia de los invasores.

Así llegó el año de 1812, y la Revolución se vió súbitamente amenazada, al norte por las tropas victoriosas de Lima; al este, por los realistas de Montevideo, apoyados en su escuadra y plaza fuerte, — mientras que en el mismo centro de la joven República, en el corazón de Buenos Aires, se oían sordos latidos de una criminal conspiración impulsada por el espíritu indomable de aquel Alzaga, que juntamente con Liniers fueron los dos

caudillos victoriosos contra la dominación inglesa.

En esta aciaga situación, Belgrano se pone al frente del ejército en Yatasto, a veinte leguas de Tucumán, en marzo de 1812.

La desmoralización de las tropas era notoria; su número no excedía de un total de "1.500 hombres, y de éstos, más de una cuarta parte en el hospital. Desprovisto de armas para los sanos, y hasta de medicamentos para curar a los enfermos, sólo contaba con 580 fusiles útiles y 215 bayonetas para la infantería, y 21 carabinas y 34 pistolas para la caballería. La artillería se reducía a un cañón de a 2, y 5 de a 1, de montaña; y en el parque sólo había una existencia de 34.000 cartuchos de fusil. El gobierno, que tenía fija su atención sobre la Banda Oriental, y nada esperaba del ejército del Alto Perú, contestaba a Belgrano en vista del estado del armamento, que "en primera oportunidad se enviarían las bayonetas". En cuanto a los oficiales, no tenían ni espadas, y haciéndolo presente el general, se le contestaba: "El Estado no tiene en el día ni espada ni sable disponible, ni tampoco donde comprarlo". (1).

Con tan exiguos recursos materiales, y debatiéndose en el mortal ambiente de la derrota y el desencanto, Belgrano tuvo la inspiración militar y política de aquella hora terrible, la inspiración que salvó al ejército, a la República en gestación, a la Revolución Argentina, y con ella a la Revolución Americana.

Él corrigió los resortes gastados de la disciplina, acrecentó las fuerzas militares e inflamó el abatido espíritu popular en pro de la santa causa; y pudo así efectuar una retirada en orden a través de 130 leguas de camino, tenazmente perseguido por el ejército español, — retirada en la que su retaguardia luchó día y noche, y en la que se empeñaron dos combates importantes, finalizados con la victoria en las márgenes del río de las Piedras.

(1) *Mitre*. «Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina». Año de 1878. Cuarta edición, tomo II, páginas 55 y 56.

Llegado a Tucumán, resuelve detenerse y dar allí la batalla decisiva, en contradicción a las instrucciones que le ordenaban reconcentrar sus fuerzas en Córdoba para resistir aquí, o talvez solamente en el territorio de la provincia de Buenos Aires: dura extremidad a que eran conducidos los prohombres del gobierno, en atención al número de las fuerzas invasoras, la impotencia gubernativa para auxiliar al ejército en retirada, y la supuesta ineficacia de las fuerzas populares para cooperar decisivamente en el día de la batalla campal.

Y Belgrano, hombre de orden y de ley, sumiso a la disciplina y a los deberes cívicos, — al desobedecer las órdenes del gobierno, o al “interpretarlas tomando sobre sí el variarlas,” como dice el general Paz, no hizo sino seguir el único camino factible para prevenir una nueva retirada que hubiera sido ya un desastre. “Veía que no podía hacer frente al ejército español, pero comprendía que una retirada más allá de Tucumán era imposible, hostigado de cerca por el enemigo....” (1).

Fueron los “trofeos de la victoria, 61 jefes y oficiales con 626 individuos de tropa prisioneros, 7 piezas de artillería, 400 fusiles, 3 banderas y 2 estandartes, 450 muertos del enemigo, con todo su parque y bagajes”. (2).

Sus consecuencias fueron trascendentalísimas. Paz llama al de Tucumán, “día de gloria...., día solemne y de salvación para nuestra patria”. (3). El general Mitre concluye así un razonamiento histórico-militar: “Fuerza será convenir también que en los campos de Tucumán se salvó no sólo la Revolución Argentina, sino que se aceleró, si es que no se salvó en ellos, la Independencia de la América del Sud”. (4). Don Vicente Fidel López, que reprueba del punto de vista militar la resolución de Belgrano en dar la batalla, hace notar que una estrofa

(1) *Mitre*. Obra citada, tomo II, pág. 105.

(2) *Mitre*. Obra citada, tomo II, pág. 123.

(3) *Paz*. «Memorias póstumas». Edición de 1892, tomo I, pág. 27.

(4) *Mitre*. Obra citada, tomo II, pág. 131.

del Himno está dedicada a “reproducir la faz histórica de la invasión de 1812 y de la victoria de Tucumán”. (1).

Queda bosquejado el cuadro histórico, y quedan afianzados en altas autoridades los títulos de *gloriosa* y de *libertadora*, atribuidos a la batalla de Tucumán.

¿Qué más debo decir para completar el bosquejo en sus trazos esenciales, y antes de pasar a la segunda parte de mi disertación? — Añadiré dos episodios que revelan la grandeza de alma del vencedor principal de la jornada.

Uno de los episodios a que me refiero, fué la renuncia del título de Capitán General con que el gobierno quiso premiar sus “fatigas y desvelos”. El otro es el siguiente: más o menos treinta días después del triunfo, en circunstancias en que se efectuaba la procesión transferida que llevaba la imagen de la Virgen de las Mercedes, regresaron los patriotas destacados en persecución de Tristán. La columna de soldados se incorpora a la procesión que seguía rumbo al campo de la reciente batalla. Allí, dice Mitre, “el general se coloca al pie de las andas, que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la imagen; y las andas vuelven a levantarse y la procesión continúa majestuosamente su camino”. Y agrega el eminente historiador, que éste y otros “actos de pública devoción..... granjearon a Belgrano un crédito inmenso en aquellas poblaciones, y cambiaron la faz de la revolución”..... “Los obispos, los curas y los frailes predicaban la guerra contra los herejes, y Goyeneche había fanatizado a sus soldados haciéndoles creer que los que morían por el Rey eran mártires de la religión, y volaban al cielo a gozar de una eterna gloria, al punto que una ocasión uno de sus espías sentenciado a muerte, exclamó al pie del suplicio con la sublimidad de un cristiano de los primeros tiempos, lanzado al circo de las

(1) *López*. «Historia de la República Argentina». Año de 1885, tomo IV, pág. 259.

fieras: “¡Muero contento por mi religión y por mi rey!”. Y citando palabras del general Paz, continúa aún el general Mitre: “Haciéndose superior a críticas insensatas y a murmuraciones pueriles, tuvo la bastante firmeza para seguir una marcha que inutilizó las astucias de Goyeneche, restableciendo la opinión religiosa del ejército patriota, que se moralizó por este medio, formando un cuerpo homogéneo con las poblaciones, inofensivo a las creencias populares. Así no sólo dió nervio a la Revolución, no sólo la generalizó, sino que le dió crédito y la ennobleció”. (1).

Señores: La batalla de Tucumán incorporó por vez primera en la defensa de la Independencia las multitudes de la República; y fué el pensamiento militante de Belgrano, el que imprimió el impulso inicial que hiciera surgir las actitudes heroicas de nuestro pueblo, que habían de durar más de diez años hasta constituirse un tiempo como el único antemural de la Patria en la frontera norte; y que habían de perdurar a través de las generaciones, y asomar incontrastables en las horas de los más graves peligros, ante el avance de toda nación extranjera.

Por inspiración de Belgrano, fué organizada la primera *caballería gaucha*, con los fuertes paisanos de la quebrada de Humahuaca, empezando así desde los confines más distantes de la jurisdicción salteña, la movilización popular que había de ostentar su mayor auge en la ciudad e inmediato distrito rural de Tucumán. Él dispuso en Jujuy la pública exhibición y paseo de la Bandera, entre el alborozo de los viejos soldados, de los novicios milicianos y de la entidad colecticia de las masas populares. Él lanzó cuando iba a emprender su intrépida retirada, aquel famoso bando que enardeció hasta el más alto grado del entusiasmo

(1) *Mitre*. Obra citada, tomo II, págs. 126 y 127.

cívico y de la dedicación heroica, bando que ordenaba así, bajo la pena impuesta a los traidores de la Patria: “Estancieros, retirad vuestras haciendas; comerciantes, retirad vuestros géneros; labradores, retirad vuestros frutos: nada quede al enemigo, lo que reste se entregará a las llamas”.....

Y la orden fulminante se cumplió. El invasor no halló a su paso sino la más desierta soledad, el sangriento encono de todas las poblaciones circundantes, y las armas vengadoras del enemigo en retirada. “Hasta las mujeres” participaron en las faenas y peligros bélicos..... Y la actitud firme y enérgica del general, y la decisión y constancia con que fué secundado por soldados y paisanos, y la justicia de la noble causa, obtuvieron su galardón en el *Campo de las Carreras* de Tucumán: merecida resultante de la inspiración audaz del prócer, de la disciplina y valor del soldado, y más que todo, de la pasión encendida y la constancia y el empuje bravío del alma popular.

Y cuando más tarde, nuestras armas en derrota después de Vilcapujio y Ayouma, se replegaban nuevamente al sur en demanda de los más potentes focos de la vida y del patriotismo nacional, que sólo eran entonces Salta, Tucumán, Córdoba, Mendoza y Buenos Aires, — puede San Martín, en su mando transitorio del Ejército del Norte, contener la invasión victoriosa de Pezuela, con sólo la construcción de un fuerte en Tucumán; porque estaban más allá las masas cívicas y campesinas, vigilantes y enardecidas, para disputar el terreno patrio al invasor, palmo a palmo, en las quebradas, mesetas, valles y riscos de las montañas.

Y cuando más tarde aún, en la hora más pavorosa y siniestra de la Revolución de América, cuando después de Sipe-Sipe los pendones argentinos retornaban vencidos y dejaban de custodiar a las Provincias Altas, — el pueblo surgía como antes para levantar desde Jujuy valla invulnerable al invasor; y el espíritu de San Martín y el de Belgrano animaban el alma de aquel campeón....., como dijera el poeta, “aquel Güemes, espíritu

invencible, soplo de tempestad, rival de España”, — (1) aquel insigne adalid que pulverizó los más gloriosos tercios españoles bajo el sable de sus montoneros, y anonadó la pericia de La Serna y de los más brillantes jefes españoles, con los conocimientos prácticos del territorio, los instintos del caudillo guerreador y las inspiraciones estratégicas que le fueron imbuídas por el Gran Capitán Americano. “Una provincia entera, dice López, embravecida como una jauría de *bull dogs*, se prende a los flancos del león, que ha osado atacarla; lo muerde, lo hiere, lo sacude, lo desgarrá, lo postra, hasta que lo pone en fuga, haciendo girones de las tropas y de las armas con que había penetrado”. (2).

Tales fueron en el alma del pueblo, los patrióticos y estu- pendos efectos del concepto y de la resolución de Belgrano, en los días inmortales de Tucumán.

Y esas características del sentimiento y de la acción popular, se han mantenido vivas en nuestro país ante las hostilidades de toda agresión extraña. Así, en los tiempos de la guerra del Brasil, aureolada por el genio militar de Brown y de Alvear, y cuando entre cien batallas y combates terrestres y navales, reluce espléndida la heroica defensa de Carmen de Patagones, principalmente efectuada por “veinte y dos gauchos porteños, semisalvajes, rotos y mal armados”. protegidos por “un cañón pequeño, viejo y carcomido, sin cureña, atado al tronco de un árbol, y un soldado tan viejo como él, tuerto y manco, que tapaba el oído del cañón con el dedo grande del pie, al tiempo de atacarlo él mismo”. Estos defensores eran mandados por el “caudillo baqueano José Luis Molina”. Los atacantes imperiales formaban una escuadrilla de cinco buques y más de 500 soldados, desembarcados en los alrededores de aquella insignificante aldea argentina. “El personal de algunos corsarios” se unió a los de-

(1) *Martín Coronado*. En la oda a «Brandzen».

(2) *López*. «Manual de la Historia Argentina». Año de 1896, tomo II pág. 195.

fensores, y en definitiva, el vecindario de Patagones rindió a 4 buques de guerra, 420 soldados y 14 oficiales brasileros. (1).

Así, en los tiempos de la guerra del Paraguay, nítidamente iluminada por el genio militar de Mitre, cuando las milicias de Corrientes salvaron la Nación dando tiempo a que se organizara en Concordia el Ejército de la Triple Alianza; cuando resistieron el ímpetu de la formidable invasión de 30.000 soldados de línea en las costas del Paraná, y de 12.000 en las del Uruguay, — luchando hora por hora, en las villas y aldeas, en los bosques y pantanos, a la orilla de los lagos, a través de los arroyos y en los pasos de los ríos, — luchando en interminables y sangrientas guerrillas con los soldados más bravos de la América, los soldados paraguayos, que, como los orientales y los bolivianos, no son para nuestro corazón soldados extranjeros, sino compatriotas nuestros en las Provincias Unidas del Río de la Plata, en la Patria Grande, en la Única Patria, porque no obstante las soluciones diplomáticas, los cuatro Estados independientes de la hora actual, no son sino una sola Nación: la tradicional Patria Argentina, forjada por la naturaleza y por la historia, en cuatro siglos y desde los más remotos y comunes orígenes coloniales.....

Señoritas y jóvenes alumnos: He tenido forzosamente que hablaros de combates, de batallas y de guerras, inducido por el aniversario que solemnizamos, y por los recuerdos íntimamente asociados a él. Pero, nuestra misión, como la vuestra, es y será de paz.

Vais a laborar mañana sobre el alma de las generaciones por venir; vais a efectuar así el más noble y trascendental de

(1) *López*. «Manual de la Historia Argentina», tomo II, páginas 526 y 527.

Rivas. «Lecturas Históricas». Año de 1884, págs. 72 y 73.

los trabajos humanos. Los educadores de cualquier rango, al unísono lo efectúan, desde la cátedra superior de la Universidad, hasta la más subalterna Escuela del último villorrio o del desierto, en donde pululan a intervalos las poblaciones de los postreros gauchos o de los inmigrantes europeos, y asoman aún los últimos residuos de las tribus aborígenes.

La educación y la instrucción, en sus diversos órdenes, son completamente solidarios, como lo es el destino nacional. Y la tarea más reducida y ostensiblemente menos significativa de la instrucción elemental, reviste suma importancia, que puede ocultarse a la consideración superficial, pero que se advierte apenas se reflexione acerca de aquella solidaridad en la vida de la Patria. Si aun la totalidad del destino humano en la tierra, es solidario ante el concepto de juristas, moralistas o sociólogos ¿cómo no lo sería el de la humanidad más circunscrita que se resume en la Nación, en la Patria, entidad a la vez real e ideal, y a la que tan íntimamente nos hallamos vinculados, en cuerpo y alma, con pasión enérgica, con voto indisoluble, que nos harían dar por ella, todos los átomos de nuestra sangre, todos los alientos de nuestra vida, todos los anhelos del espíritu.....

— Cuando seáis Maestros o Profesores, predicad siempre la paz a vuestros discípulos. Educándolos e instruyéndolos, inspiradles el amor al trabajo, al arte y a la ciencia. Fomentad en ellos las tranquilas virtudes domésticas, las fortificantes virtudes cívicas, las caritativas virtudes cristianas que nos hacen amar, como a un hermano, todo hombre de cualquier pueblo, religión, zona o rincón apartado de la tierra..... Pero, abrigando y reflejando los más simpáticos y altruistas sentimientos, predicando la paz y la justicia, diréis también, constantemente, a vuestros discípulos, que deben adiestrarse para la guerra cumpliendo estrictamente los deberes que las leyes imponen a todo ciudadano, en mira de la más eficaz defensa nacional.

Si según el concepto bíblico, “milicia es la vida del hombre sobre la tierra”; si el egoísmo y las bajas pasiones acompañan de

consuno a las virtudes y excelencias de la naturaleza humana; y si las Naciones se componen de hombres, y si sobre las Naciones se edifican los Estados, — mientras no se cambie la naturaleza humana, y la naturaleza de las personalidades en la sociedad internacional ¿cómo no ha de ser — y según lo afirma la oración cristiana — “un valle de lágrimas la vida”? ¿Cómo no ha de ser la Historia, indefinidamente, junto con el eco alborozado del progreso y del derecho prevalentes en una época y en unos países, el eco doloroso de los pueblos sumidos en las tinieblas de la ignorancia y de la abyección, o víctimas de la prepotente fuerza material, en épocas distintas o solamente en distintas regiones de la tierra? ¿Cómo no ha de ser así, la guerra, una condición ineludible de la humanidad, con ejércitos permanentes o sin ellos; con armas modernas, complicadas y científicas, o con armamento primitivo, simplísimo, rutinario; con el fuerte militarismo de los unos en el continente, o con el recio militarismo de los otros en el océano; o con la destrucción de ese poderío continental o marítimo, que sólo pasaría a otras manos más o menos potentes, y que se tornarían así en usufructuarias de la iniquidad del porvenir?.....

Enseñad a vuestros discípulos, que la República Argentina es, entre las fuertes Naciones de ambos hemisferios, la única que no ha conquistado jamás ni una sola pulgada de tierra ajena; la única que sólo ha guerreado en legítima defensa o por la emancipación de un continente; la única que proclamara este principio, tachado de *lírico*: “la victoria no da derechos!” Pero, enseñadles también, que este pueblo pacífico, este pueblo sin codicia, este pueblo industrial, este pueblo emancipador, este pueblo lírico, paladín de la libertad y la justicia, debe custodiar su riqueza, su progreso, su destino, mediante el amplio desarrollo de todas sus energías materiales y morales, con el trabajo, con la virtud privada y pública de sus hombres, con el saber, con el honor y con las armas de la guerra.....

Señoritas y jóvenes alumnos: Quiero deciros en conclusión,

ciertos conceptos interesantes del presidente Pellegrini. Escuchadlos; fueron expresados así: "La República Argentina tiene una misión y responsabilidades especiales. Ella fué la de la primera y grande iniciativa. Su bandera la conoce medio continente; su ejemplo tiene repercusión en pueblos hermanos. . . . Si ella se levanta, dará nuevos alientos; y si cae, caerán con ella todos los que la siguen en la difícil tarea de organizar una nacionalidad libre, y vigorosa y fuerte"

Hace veinte y dos años que guardo estos conceptos en la memoria; y me place haceroslos conocer en este acto. Son auténticos; acaso haya variación en una o varias palabras que no alteran la integridad del pensamiento. Estos conceptos no los encontraréis seguramente en la recopilación de los escritos y discursos del grande hombre. Tendríais que recurrir para encontrarlos, a las colecciones periodísticas de la época. Fueron dichas las palabras en que se contienen, ante las tropas del ejército, reunidas en un campamento de la Capital de la República.

Nos hallábamos entonces a dos años del 90, en medio de aquel período histórico, el más azaroso y grande de la República contemporánea, dominado y regido en definitiva por aquellas figuras venerandas de Roca, de Mitre y de Pellegrini, tres presidentes de mérito insuperable, que de 1890 a 1895, salvaron del naufragio las instituciones, y con ellas, el porvenir de la Nación, su vida política interior, y la fortuna de su política internacional.

La República Argentina no cayó entonces. Se irguió triunfante entre las ruinas, y avanzó gallardamente desde 1898.

Ante la contemporánea crisis, que recuerda la de veinte y cuatro años atrás, no se ha de hundir tampoco entre las sombras el sol de la República. Después de cinco años, no quedará sino el leve recuerdo de las zozobras actuales y del reciente pasado; y entonces, vientos propicios "hincharán de nuevo nuestras velas", así en las proficuas tareas y en los años serenos de una paz interna y externa, firme y dilatada, como en los días

sombríos de una guerra destructora a que fuéramos eventualmente provocados, y en la que el ejemplo de los viejos próceres y la tradición nacional de un siglo, alentarían el alma de los soldados y la acción popular de la República!....

ÁNGEL F. ÁVALOS
